

Los parámetros de la celebración del 92

Repasamos en estas notas algunos de los hechos históricos más significativos de los que conforman el V Centenario: la edición de la primera gramática castellana, la toma de Granada, la expulsión de los judíos y el descubrimiento de América. Como todos ellos son temas, además de polémicos, bastante complejos, procuramos hacer una aproximación de síntesis, especialmente en aquellos aspectos que todavía permanecen bastante vivos en la sociedad actual.

José A. Álvarez Osés *

TENEMOS tantos árboles delante que no sé si podremos ver el bosque de este 92, tan fragoso y poblado de especies diversas. Este año se ha instalado ya en todas las conciencias como sinónimo de alto interés; todas las bocas se abren para enviar su mensaje y es éste tan abundan-

* Catedrático de Instituto. Madrid.

te que andamos algo abrumados por encontrar el sitio, por digerir la contradicción que tan generosamente se nos ofrece. Porque en todo ello están ya muy comprometidas ciertas claves históricas, sociales o políticas y cada día nos reserva nuevas perplejidades que vamos resolviendo trabajosamente.

Valga por eso esta crónica de urgencia como terapia liberadora de algunos de esos fantasmas que este año nos acompañan.

Centenario por centenario: 1892-1992

ES la segunda vez que atendemos en España a la efemérides de 1492, ya que en las tres primeras ocasiones, que nosotros sepamos, esa fecha no tuvo ninguna relevancia especial.

Llegados a las vísperas de 1892, alguna sacudida del romanticismo llegaba hasta las Cortes españolas, que así se apresuraron a conmemorar tal alta fecha. Las claves de aquel IV Centenario estuvieron muy afectadas por las prisas de última hora, por la improvisación; a los diputados y a los ministros del gabinete Sagasta les llegó el aviso de la historia cuando el evento ya se les echaba encima, pero pronto acordaron unos cuantos actos y celebraciones para enmendar el descuido: algunos ciclos de conferencias en ateneos y centros culturales, publicaciones varias y el envío a América de un buque con fines propagandísticos. No obstante, el aire respirable del IV Centenario fue de consenso y exaltación, «sin alardes vanos», como decía un decreto firmado por Cánovas en enero de 1891.

Todavía quedan, aquí o allá, algunas huellas de la celebración como aquella placa en una fachada de Moguer, la puerta colombina restaurada en la iglesia de Palos, la fontanilla casi reverenciada donde Colón se abasteció para su primera singladura; más lejos, en Salamanca, subes la fachada del convento de las Dueñas y allí, en el jardín recoleto, la imagen de la Reina Católica en el centro... Pero el Centenario tuvo más de *colombino* que de *americano* o *español*. Una sociedad colombina recién fundada pretendía la canonización de Cristóbal Colón! Y, por ello, ante tanta exaltación del héroe, surgieron algunas protestas.

Si observamos este año desde la temática americana, hay que decir que el americanismo ha tenido en los últimos cien años un proceso ascendente visible en la creación de centros de estudio, de institutos y museos dedicados al tema; se ha consolidado como especialidad universitaria y ha estado bien presente en los medios de comunicación. Esta corriente conoció una especie de apoteosis entre los años cuarenta y cincuenta porque cuadraba mucho con el *espíritu imperial* de la época y por ello se hizo tan viva la presencia del *Instituto de Cultura Hispánica* y tan

llamativas las páginas de una revista como *Mundo Hispánico*. Los bachilleres de aquellos años sabían más de historia americana que muchos licenciados actuales por mor de una materia llamada *Historia del imperio español*.

Entre los años sesenta y setenta, una fuerte vena crítica se fue instalando sobre el gran tema del americanismo, vena que ha ido creciendo hasta nuestros días. Esta actitud conecta algo con la corriente de autocritica que nos viene desde el mismo siglo XVI, que nos honra mucho entre los pueblos europeos; pero también se distingue de ella bastante por su parcialidad y sus prejuicios, la veces por su chabacaneria!; y casi siempre remite nuestras culpas a un sujeto metafísico que vive en las nubes de «la sociedad», «la burguesía» o «el sistema», como ha dicho recientemente Pío Moa.

Desde hace solamente cuatro días, creo ver en el ambiente una respuesta contundente a esa actitud, una respuesta a la respuesta —«No es justo que Alejandro sea Magno y Pizarro un ignorante aplastador de culturas autóctonas»— y así parece que volvemos al principio, a la madre de todas las dialécticas del americanismo. Acaso es que todavía no hemos entendido que este círculo nunca será cuadrado, que «el malentendido entre América y España no desaparecerá jamás» (T. Halperin Donghi).

El entorno del V Centenario

EL lanzamiento publicitario de esta efemérides tiene ya algo más de diez años; y también las primeras andanadas críticas que se le dedicaron. Desde entonces y hasta hoy, el acontecimiento ha ocupado un lugar tan destacado en los *media* que resulta muy difícil encontrar elementos de comparación. En su entorno se ha gestado la Olimpiada de Barcelona, la Exposición de Sevilla, la capitalidad cultural de Madrid... De esta forma se ha terminado creando una mentalidad en torno a este año mágico, una mentalidad entreverada de elementos dispares como el posicionamiento de las gentes ante un hecho histórico o bien sobre aquellos grandes acontecimientos —*los fastos del 92*.

En el camino de preparación de tanta efemérides histórica hemos podido observar cómo han vivido bastante de espaldas el mundo de la historia académica y el mundo de la parafernalia más o menos oficial. En efecto, en los últimos tiempos se han prodigado bastante los actos académico-culturales, los ciclos de conferencias, las publicaciones y los congresos a todas las escalas; la Universidad de Sevilla, el Colegio de Licenciados, la Academia de Historia..., han preparado magnos encuentros en los que, quizás, quepa destacar dos notas: a) la ausencia de

novedades llamativas en el campo de la investigación, y b) el escasísimo eco de este mundo científico en los medios sociales. Es cierto que estos dos ámbitos son, de suyo, muy poco intercambiables, pero no podemos olvidar que los fundamentos de todo el tinglado que nos ocupa están precisamente en la historia.

Las voces que han ocupado las más altas tribunas de nuestros medios, vienen casi siempre de lugares tan pintorescos para este efecto como el mundo de la política, del periodismo, del espectáculo... Lo que entraña un doble desacierto por el sometimiento de esos medios a las leyes del mercado, pero también por el escandaloso silencio de los historiadores en esos medios. La consecuencia de todo ello es tan penosa como que alguien pueda buscar el argumento de autoridad, la brújula de sus inquietudes, allí donde nunca estuvo. Por ese costado es por donde el «espectador medio» viene recibiendo diariamente altas dosis de perplejidad que le tienen bastante desconcertado.

El 17 Congreso Internacional de Ciencias Históricas (Madrid, 1990) dedicó sus sesiones, bien nutridas de historiadores de todo el mundo y con ausencias significativas de americanistas españoles, al tema del descubrimiento de América. Entre comunicaciones, ponencias, debates y coloquios, puedo testimoniar que todo discurrió sin estridencias. Tanto Las Casas, como Montesinos, Vitoria y otros varios estuvieron sobre el tapete del análisis sin que saltaran los diques de la serenidad. El término *descubrimiento* se sirvió a los congresistas hasta rebosar y inadie se estremeció por el atrevimiento! Me parece todo eso bastante indicativo del entorno en el que se mueve este Centenario.

También entiendo que deben significarse, en esta línea, un par de notas más todavía. Una sería la de la constatación del esfuerzo editorial que algunas empresas vienen realizando en la edición de fuentes de la historia americana, de modo que hoy se consigue en un quiosco de prensa lo que hace unos años eran casi rarezas historiográficas; ahí los Bernal Díaz, el Inca Garcilaso, Cieza, Pigafetta, Hernando Colón, Cabeza de Vaca..., tantas crónicas valiosísimas de la empresa americana a la par que excelente literatura de evasión.

Por último, esta generosa oferta de fuentes bien puede contribuir a mitigar la creciente ignorancia sobre la historia de los descubrimientos y conquistas. Esto lo sentimos cada día quienes estamos a pie de obra en la docencia de la historia y no es bueno que estas cosas ocurran cuando el 92 y sus secuelas están ya en todas las bocas.

Centenario ¿de qué?

HASTA aquí, estas notas se nos han deslizado sobremana hacia el tema americano, que, seguramente, es el asunto

más frecuentado de todo el 92. Volveremos a ese tema más adelante, pero ahora conviene dejar constancia de otros hechos que también permanecen en la memoria colectiva desde hace quinientos años.

La primera gramática castellana

COMPUESTA y publicada por el humanista Elio Antonio de Nebrija en agosto de 1492, es la primera entre las lenguas modernas. Es, por ello, una obra adelantada en un tiempo como el Renacimiento, en el que el estudio gramatical parecía únicamente propio de los idiomas sabios —latín, griego, hebreo—. La reina Isabel, por eso, preguntó a Nebrija para qué podría aprovechar tal obra y la respuesta le vino en el prólogo de la obra impresa; todo un programa para cuya comprensión actual se requiere un cierto esfuerzo de trasposición temporal: fijar normas para estabilizar *el castellano*, perpetuar famas de manera que «... lo que agora y de aquí a adelante se escriviere pueda quedar en un tenor y estenderse en toda la duración de los tiempos»; facilitar el estudio del latín; y, por último, la idea que se inspira en Lorenzo Valla de que aprendiesen «la lengua de los vencedores, los muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas» a quienes la reina sometería, es decir, *la lengua como compañera del imperio*.

Rafael Lapesa, en un estudio reciente y magistral, (*El castellano en 1492*. Madrid, 1988, Colegio de Doctores y Licenciados) ha puntualizado que esta lengua, *castellana y no española* todavía, preclásica, evolucionada pero no madura a la sazón, se extendía con fuerza por toda la península en detrimento de otras como el leonés, el gallego, el valenciano o el aragonés.

Excelente punto de referencia, pues, el de esta efemérides, para la reflexión sobre nuestra lengua, hoy entre las más usadas del mundo, brillante como pocas por la nómina de sus escritores, acosada también por endemias diversas que se le desarrollan dentro y fuera de casa.

La toma de Granada

LA conquista de la ciudad de Granada, 2-I-1492, supone, desde el plano histórico, el final de una guerra de diez años que

acabó con el último de los reinos de Taifas de Al-Andalus. Este reino nazarí se mantuvo bastante artificialmente durante casi doscientos años por sus tributos a la Corona castellana y también por el abandono de la lucha de reconquista que fue común a los reyes de la casa de Trastámara. Esta prolongada situación de enclave musulmán en territorio cristiano permitió a los nazaríes el desarrollo de una de las *facies* más originales y exquisitas de la cultura islámica y, especialmente, de su arquitectura.

A propósito de la conquista de Granada se puede revisar casi todo el proceso de la España medieval porque es el punto final de la Reconquista o, como se ha dicho en estos días, la crónica de una muerte anunciada. Pero como estas notas únicamente pretenden ser una síntesis apretada de las conmemoraciones de este año, si se permite el escamoteo, observaremos el tema a través de algunos de los grupos humanos que se mueven en el centro de ese nudo histórico; varias de las heridas por las que ahora respiramos nacieron en la dialéctica de esos grupos.

Los árabes

FORMARON el grupo más selecto de la caballería de los conquistadores del 711, la casta militar dominante sobre la hueste musulmana que terminó con la monarquía visigoda. Sus efectivos seguramente no pasaron de veinte mil hombres, por lo que la *huella racial* que tan tópicamente suele manejarse hay que ponerla bastante en entredicho.

Más importante es el dato de que son los auténticos portadores de la *cultura musulmana* que, a través de los siglos, se incardinará como una parte del genérico *cultura española*. Daremos un solo dato: unas cuatro mil palabras de nuestra lengua son de origen árabe.

Los muladíes

HISPANO-visigodos convertidos al Islam que pasaron, por ello, a disfrutar del estatuto de los musulmanes de nacimiento.

Según esto, la base poblacional más numerosa de Al-Andalus era de origen visigótico y cristiano. Nada, por tanto, de grandes contingentes de invasores; nada, tampoco, de una huida masiva de cristianos hacia las montañas del Norte.

Los mozárabes

CRISTIANOS que vivieron en territorio musulmán. Su influjo cultural sobre la España cristiana fue bastante desconocido por la historiografía hasta la sistematización realizada en nuestro siglo por Gómez Moreno. De ese influjo conservamos curiosas muestras arquitectónicas desde Cataluña hasta Galicia.

Los mudéjares

MUSULMANES que vivieron en territorio cristiano. Crearon una arquitectura a veces espléndida y casi siempre original, donde se combinan elementos árabes y cristianos.

Este arte, definido por Amador de los Ríos en 1859, goza hoy de un confusio-nismo bastante notable, por lo que está pidiendo a gritos una *redefinición* que sintetice toda la erudición producida en los últimos años.

Sus sucesores, *los moriscos*, fueron expulsados en 1609, creando una diáspora cuya llama hispanófila aún no ha cesado.

Los cristianos

SUCESORES de la población hispano-vigótica en los que podemos destacar dos notas generales para todos los reinos:

a) El sentimiento de *la pérdida de España* como acicate de una *lucha secular*.

Este dato no es obstáculo para constatar la existencia de contactos, influencias y relaciones incluso pacíficas según el tiempo y lugar.

b) La *mentalidad religiosa cristiana* de esta sociedad, que conecta plenamente con los fundamentos espirituales del conjunto de la sociedad europea. Por eso y aunque ésa no sea toda la interpretación, debe verse la Reconquista como una *lucha religiosa*.

Estas obviedades se dicen porque hay versiones bastante recientes de ese período de una temura impresentable; versiones, decimos, que causan muchos estragos:

(La reconquista) «Nació como consecuencia de la superpoblación de los habitantes montañoses cantábricos y pirenaicos. Se nos presenta ante todo como una búsqueda de tierras cultivables por parte de unos grupos humanos que, apiñados en sus reductos famélicos, desafiaron el peligro para instalarse en las llanuras y valles...» (P. Bonnassie: *Vocabulario básico de la Historia Medieval*. «Reconquista», Ed. Crítica, 1983).

La expulsión de los judíos

FUE decretada en marzo de 1492. Quienes de entre ellos marcharon hacia Oriente, los *sefardíes*, han mantenido hasta hoy, por el relevo generacional, ciertas tradiciones y sentimientos de hispanofilia y, sobre todo, la lengua castellana —el *ladino*— según el uso del siglo XV.

En el espíritu de tolerancia y libertad de conciencia de la España actual, no cabe para nada *celebrar* aquellos hechos. Más bien al contrario, está comúnmente admitido que la expulsión, además del drama humano, supuso unos efectos desastrosos en orden a la modernización social y al desarrollo de la economía mercantilista. En conjunto formaban una clase urbana, comerciante y financiera, núcleo incipiente de una burguesía emprendedora que, con esa medida, vio frustrada su consolidación en España.

Muchos son también los aspectos que a la luz de esos datos pueden suscitarse en este año del V Centenario, pero quizás, a nuestro efecto, valga sólo una breve y global consideración histórica, porque la historia de las relaciones judeo-cristianas en España/Sepharad no está hecha de tantas amabilidades como quiere ahora una bienintencionada pero equivocada corriente de opinión.

Salvo etapas excepcionales de pacífica convivencia o de fecunda colaboración —la época del obispo Másona en Mérida, el Toledo de Alfonso X—, las comunidades cristianas y judías vivieron entre recelos y tensiones, alcanzando a veces la tragedia. La legislación visigótica fue especialmente dura con los hebreos, a quienes dedica todo el libro XII del *Fuero Juzgo* en tono fuertemente discriminatorio: «... por la maldade de los judíos solamiente entendemos que el nuestro regno es ensuciado» (XII. II. III). El rey Sisebuto ya les puso ante el dilema de la conversión o el destierro. Egica, en el 694, dispuso que fueran reducidos a servidumbre y dispersos por el reino. Unas veces por el incumplimiento de la ley, otras por falta de continuidad en la política antijudía, esa situación se mantuvo básicamente hasta el decreto de 1492. Por ese tiempo, es sabido que la nobleza era muy tolerante con los judíos por la utilidad que le prestaban; que los mismos Fernando e Isabel disponían de colaboradores destacados entre ellos, como Abraham Seneor,

o bien conversos como Conchillos, Santángel, La Caballería... También debe afirmarse el fuerte rechazo popular contra ellos.

Digamos, por último, que en ese decreto de expulsión del que ahora se cumplen quinientos años, cabe ver el *móvil religioso* como aspecto muy determinante («La reina Isabel no tuvo otro móvil que el religioso en esta cuestión», Domínguez Ortiz), cabe subrayar la *antigüedad secular del problema judío* en España y, por supuesto, el *profundo cambio de mentalidad* producido en la sociedad española en ese tiempo.

La batalla de los nombres o cómo diantre nombrar a «la cosa»

TODA la inmensa porción del continente americano que se extiende desde Río Grande hasta el cabo de Hornos empieza a ser predominantemente llamada *América Latina*. Todos los hispanoparlantes que viven en los Estados Unidos —algo más de veintidós millones— predominantemente son conocidos como *latinos* o *latinoamericanos*. Estas denominaciones que ahora parecen cristalizar, tienen seguramente sus antecedentes más remotos en el escritor colombiano José María Torres Caicedo, que los utiliza a partir de 1859; se forma, así, una especie de etapa protohistórica del término a cuya difusión contribuirá poderosamente la historiografía sajona y francesa. No sé si sobre esa corriente, en paralelo o en contra, una amplia literatura hispanista alimentó durante décadas la romántica postura de las razones históricas en defensa del españolismo americano —Zacarías Vizcarra, Maeztu, García Morente, Levenne y otros muchos—, pero es el caso que de esa dialéctica y sin duda por menos nobles objetivos, ha surgido en nuestros días la batalla por el nombre de América. Es el enésimo cambio de nombre que se propone en los quinientos años de nuestro conocimiento de aquellas tierras, que ahora cumplen, y no sé qué aviso me llega desde mi olfato de historiador que algo me dice que tampoco ese nombre tampoco será muy duradero; acaso estoy pensando con qué desprecio se arroja ese nombre al rostro de las gentes, acaso en sus connotaciones tercermundistas, en que esa parte del mundo es reñidero permanente de intereses, camino sin destino cierto, tierra de provisionalidad.

Pero que nadie padezca por la sospecha de que aquí hayamos de rasgar nuestras vestiduras por esa propuesta, porque ya no es el tiempo. Un nombre sólo es un nombre y, aunque el lenguaje nuestro se resiste al neologismo, ciertamente importa más el contenido que la fachada, más la personalidad de los pueblos que su etiqueta; además, no es éste un hecho fundamental ni parece relevante en las

relaciones internacionales; tampoco merece una mayor crispación a estas alturas el caso de los francófonos canadienses, que no son latinos al nuevo modo. Mejor que esa imparable corriente fluya libre de toda suerte de trabas hasta su propia desembocadura.

Mejor todo eso porque no sea que volvamos a la humillante discordia de las dos leyendas, la rosa y el salvazo; mejor dejarlo porque ahora, en la cresta del neocapitalismo, siempre puede confundirse el descubrimiento y conquista de un mercado con la primera aventura del siglo XV. Además, la historia en este punto sólo es un lastre molesto que incomoda en exceso a diversos tratadistas de nada —¡con la historia hemos topado!—.

Un nombre, un simple nombre, parece algo tan accesorio y trivial que no se explica tanta batalla en su torno; pero lo cierto es que por un rótulo callejero se ventilan hoy como ayer muchos platos de lentejas; una plaza, una institución o una avenida principal suelen suscitar altos contrastes ideológicos. ¿Cómo entonces asombrarse del estallido retórico por el nombre de un continente, por su enésimo chalaneo?

En las más altas magistraturas, en sus discursos y escritos, se siembra a voleo el desconcierto porque se aplican indistintamente diferentes nombres al mismo objeto —Iberoamérica, Hispanoamérica, Latinoamérica—, de tal modo que se obtiene la impresión de que alguna soterrada lucha se está librando con estos nombres. Y todas las cautelas acostumbran a refugiarse en el disimulo y la ambigüedad; como en el juego del mus, se envida a todos los palos para mantenerse a cubierto, para así desorientar a los contrarios y a los curiosos. Y el titubeo y la voz trémula de los fuertes compromisos aparece en el discurso regio, en la proclama política, en la lección magistral. ¡Todo por un simple nombre!

Latinoamérica, ¿un nombre al fin? No alcanzo a comprender qué suerte de cataclismo contemplaríamos si detrás de ese alto nombre se fuera todo lo hispánico de América; por la simple coherencia de los hechos. No alcanzo tanto nuevo vocablo, tanta simbiosis, tanta retrotracción hacia la antigua Roma. Hermosa tarea la de transmutar a la toponimia hispánica de América —desde Madrid a Cartagena, desde Guadalajara a Trujillo, desde Laredo a Pilar—; ¡hermosa y larga, por vida de...! Pues, ¿y la emoción de sus poetas?; ¿qué cuando clama César Vallejo?:

«España, aparta de mí este cáliz».

¿Qué de José Martí —entre canario y valenciano, todo cubano—?:

«Para Aragón, en España,
tengo yo en mi corazón
un lugar, todo Aragón,
franco, fiero, fiel, sin saña».

¿Cómo traduciríamos por lo *latino* tanta furia hispánica de Rubén Darío —«español de América y americano de España»—?:

«La América española, como la España entera, fija está en el oriente de su fatal destino...»

No hablaremos más de la historia, pero ¿puede, igualmente, cambiarse la antroponimia, los patronímicos, el sudor y la sangre tan vertida que no cesa?

Os lo voy a decir por vía más intimista. Entre las dos orillas del inmenso mar, una llamada constante y recíproca cabe escuchar sólo con estar atentos, una llamada que viene del sentimiento y de la sangre. De mi sangre corre ahora algún reguero en California, en Guatemala; y otro más ancho —casi un torrente— en Argentina; como son pláticas de familia, renuncio a daros los nombres de más de treinta de mis allegados transplantados ahora en tierra americana, de aquellos a quienes ya cubre esa tierra junto a la Pampa, de tantos otros que ya se han esfumado en la memoria. Pero este que os cuento es un caso bien común repetido en marcas migratorias durante siglos. Y, por otro lado, icon cuánta unción llegan a la aldea raíz tantos americanos de a pie, tantos de sus mandatarios —López Portillo, Alfonsín, la antigua espina de Castro...—!

Toda esa América, en fin, es la sola dueña de su nombre, pero ¿comprendéis por qué lo *latino* resulta tan exótico?, ¿por qué esa América hispana no es un hecho distante?, ¿por qué se me viene a la pluma todo este asunto cuando hablamos de ese V Centenario?

Conclusión

SON muy trascendentes todos los acontecimientos que en este año cumplen su V centenario y también, seguramente por eso, arrastran una fuerte carga polémica al cabo de los siglos. La historiografía española conoció hace ya tiempo que la historia no es cosa de ángeles y, así, una fuerte corriente autocrítica que nos viene desde el mismo siglo XVI, sigue muy viva entre nosotros y eso nos honra. Cabe, no obstante, distinguir entre la crítica y el incencio, es decir, la versión definitivamente calamitosa de la que también disponemos en abundancia; y eso entontece mucho.

Entre el IV y el V Centenario hay diferencias abismales en casi todos los órdenes, pero sobre todo en dos hechos que aparecen en 1892: el monopolio de la figura de Colón y el gran consenso político y social de las celebraciones.

La primera gramática castellana, la expulsión de los judíos y la conquista de Granada, que planteamos como estados de la cuestión, aparecen en este aniversario bastante oscurecidos por el tema americano; asunto este último que también abordamos en clave ensayística denunciando la ambigüedad terminológica en la que tanto se implica la presencia española en América.